

Kirmen Uribe

Lo que mueve el mundo



En mayo de 1937, tras el bombardeo de Gernika, miles de niños vascos partieron del puerto de Santurce rumbo al exilio. Entre ellos se encontraba Karmentxu, una niña de ocho años que fue acogida en la casa de un escritor en Gante, Bélgica. La vida del escritor, Robert Mussche, cambiará con la llegada de la niña y, poco a poco, los acontecimientos comenzarán a sucederse hasta desembocar en un desenlace imprevisto.

«Una novela que emociona de la primera línea a la última. La peripecia del joven belga relacionado con niños de la guerra vascos, que termina convertido en un héroe de la resistencia contra los alemanes, es un relato tenso, modélico en su estructura y que rezuma autenticidad».

A Nerea

—Saliste de Bilbao siendo apenas un chaval y desde
entonces nunca has vuelto.
¿Crees que la decisión de tus padres fue acertada?
—No había otro remedio.

*Entrevista mantenida en Bogotá,
en 2011, con Paulino, niño de la guerra del 36.*

PRIMERA PARTE

1

Tras el bombardeo de Gernika, el lendakari José Antonio Agirre se reafirmó en su decisión de poner a salvo a los niños. En aquel 1937, entre mayo y junio, diecinueve mil pequeños salieron del puerto de Bilbao hacia diversos países europeos. La mayoría de ellos hallaron refugio en Francia, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Bélgica. Viajaron al extranjero solos, sin sus padres, con la única compañía de un grupo de profesores dispuestos a ayudarlos.

El 6 de mayo el buque *Habana* partió por primera vez desde el puerto de Santurce hacia La Rochelle. Iban a bordo 2.483 refugiados. En otro tiempo, el *Habana* había sido un transatlántico de lujo que efectuaba la ruta Bilbao-La Habana-México-Nueva York. El buque, construido en La Naval de Sestao, era la estrella de la compañía. En la década de los treinta había sido bautizado como *Alfonso XIII*, pero con el advenimiento de la República le cambiaron el nombre. Con todo, aquella época de gloria era ya agua pasada. En cuanto estalló la guerra el gobierno se apoderó del buque con la intención de dejarlo anclado en el puerto y convertirlo en un hospital. Sin embargo, el quehacer del *Habana* fue muy otro. En lugar de permanecer amarrado en el muelle, realizó infinidad de viajes entre Bilbao y distintos puertos franceses, utilizando el estrecho pasillo libre de minas abierto por el buque británico *Seven Seas Spray*. En cada trayecto lo vigilaban los destructores de la armada franquista, sobre todo el *Almirante Cervera*.

La ría de Bilbao estaba completamente bloqueada y no era fácil salir. No lo habrían logrado sin la ayuda de los bar-

cos de la Royal Navy. El ejército sublevado no veía con buenos ojos la protección de los británicos; consideraba ilegal la intervención de un país extranjero, y amenazaron incluso con hundir aquellos barcos llenos de niños. Sin embargo, las amenazas no se cumplieron, y el *Habana* continuó con sus viajes durante un mes más. El último lo hizo el 13 de junio, con 4.500 niños a bordo, apenas una semana antes de que cayera Bilbao.

Hay cosas que nunca se olvidan. Karmentxu Cundín Gil fue uno de aquellos pequeños que embarcaron en el *Habana*. Entonces no era más que una niña de ocho años. Su hermano Ramón era dos años mayor, y la familia puso a ambos camino de Gante. En total llegaron a Bélgica desde el País Vasco 3.278 niños; un número muy elevado, si tenemos en cuenta el tamaño del país de acogida. ¿Cómo sería aquella travesía de Karmentxu Cundín y su hermano Ramón? Con la intención de imaginármelo, acudí a dos mujeres que hicieron el mismo trayecto, las hermanas Mirante. Ambas tienen poco más de ochenta años y aún viven en Gante. Como tantos otros niños que embarcaron en el *Habana*, nunca volvieron a su tierra. «Sé que estoy enferma, pero aquel viaje no lo olvidaré en la vida», me dijo la más joven. Aquella mujer afectada de alzhéimer me contó con todo detalle cómo fueron esos amargos días de su infancia.

Primero me habló de los bombardeos. «Al principio no era más que un juego, a los niños nos gustaba quedarnos mirando los aviones que llegaban a Bilbao.» Pero enseguida se dieron cuenta de que la cosa no estaba para juegos. En cierta ocasión en que las sirenas de las fábricas empezaron a sonar y ellas se dirigían al refugio de las Calzadas de Mallona —en aquel tiempo el refugio antibombardeos era el túnel del tren de Lezama—, una mujer del barrio dio media vuelta. Llevaba a un bebé en brazos. «Me he dejado el puchero en el fuego.» Ay, madre, y se volvió a casa a apagarlo. Cuando cesó el rugido de los aviones, salieron del refugio y comprobaron que la casa de aquella mujer estaba

derruida, una bomba la había echado abajo. La mujer yacía muerta, y el niño, sucio entre las ruinas, aullaba con la pata de una silla de madera incrustada en el cuerpo, aún con vida.

Los bombardeos provocaron el pánico entre los bilbaínos. Y rabia. Un avión que al parecer participaba en los bombardeos cayó en los montes cercanos a Bilbao, y un grupo de mujeres se dirigió al lugar y hallaron al piloto con vida. Le cosieron el cuerpo con agujas de hacer punto y lo mataron allí mismo.

Las hermanas Mirante tampoco habían olvidado el día en que dejaron Bilbao. Fue un día nefasto. Cientos de niños en la cubierta de aquel barco enorme, que ni siquiera sabían adónde los llevaban, niños y más niños vomitando, un puro lamento. En el mar había tormenta. «Poned toda vuestra atención en una sola cosa y ya veréis cómo se os olvida todo lo demás», les había dicho su madre antes de la despedida. Ella fijó la atención en sus zapatos, los zapatos que su madre le acababa de lustrar. Con sus pequeños dedos soltaba los cordones y volvía a atarlos, tal como le había enseñado su madre: «Tienes que formar una rosa con los cordones, colocándolos uno sobre el otro, de esta manera». Y haciendo y deshaciendo la lazada se olvidó de todo, de la tormenta, de los lamentos de los otros niños, de la familia que había quedado en tierra. Igual que aquella Penélope de la *Odisea*, que tejía y destejía para que el tiempo pasara más deprisa, se olvidó de la ausencia de aquellos que amaba. «De lo que ha pasado esta mañana no me acuerdo. Se me había olvidado incluso que venías a visitarnos. Pero esas imágenes las tengo bien grabadas en mi recuerdo», me dijo mientras se daba golpecitos en la frente con el puño.

Y ahora sí, haciéndome cargo del testimonio de las hermanas Mirante, puedo imaginarme a Karmentxu Cundín en el buque *Habana*, igual que ellas, atándose y desatándose los cordones, la pequeña Karmentxu, que, andando el

tiempo, sería costurera. Mirando y remirando sus zapatos, Karmentxu Cundín no vomita en todo el viaje. Su hermano Ramón, en cambio, sí. «El mayor soy yo, ahora yo seré el padre», le dice al salir de Bilbao. Duermen dándose la espalda, y no se darán cuenta de sus caras sucias de polvo, ni del rastro de lágrimas negras derramadas en silencio, del caudal de aquellos secos cauces lunares, hasta que a la mañana siguiente se encuentren frente a frente. Todo es tiniebla en esa caja de zapatos vacía arrojada al mar.

En Gante, conducen a todos los niños a un gran salón de baile llamado Balzaal. Un tren entero de niños sobre el escenario. Cada uno lleva, colgado del cuello, un cartelito con su nombre y apellidos. Karmentxu se fija en una enorme vidriera que hay sobre la entrada al salón. En aquel vitral, un grupo de hombres fornidos intenta mover una gran rueda; quieren liberarla del lodo valiéndose de unos tablo-nes. Una sola mujer, con un bebé en sus brazos, tira del carro; la mujer es tan fornida como los hombres. Tras ellos, en medio de la composición, una orgullosa bandera roja flamea con el viento.

Allí mismo separarán a los hermanos Cundín, sobre el mismo escenario, y adjudicarán a cada uno a la familia que le ha correspondido. Tú con esta familia, tú con esta otra. «Vosotros id siempre juntos, no dejéis nunca que os separen», les había dicho la abuela mientras los abrazaba a un tiempo, con un brazo para cada uno. A pesar de todo, aquella gran rueda de la vidriera se lleva a su hermano; Ramón desaparece entre la gente, casi sin ocasión de decirse adiós.

Al cabo de un momento, un joven con gafas se acerca a Karmentxu.

—Hola, yo soy Robert, Robert Mussche —le dice en castellano, sonriente.

Karmentxu respira y, entonces sí, lo vomita todo sobre el traje oscuro del desconocido.

Herman es el primero en despertarse. Siente a su lado la respiración tranquila de Robert. Han dormido juntos, pecho contra espalda, en una caseta de pescadores. Es agosto de 1929, el día de la Virgen, y están en la costa de Bélgica, en Oostduinkerke, pasando unos días.

Ambos descansan en una caseta blanca de madera, una de esas que los pescadores usan para guardar los aparejos: una estancia cuadrada, con ventanas muy pequeñas sobre la puerta. Si atendemos a su tamaño, parece de juguete, de sueño. Las casetas están dispuestas en hilera, como es costumbre, de espaldas al mar y mirando al sol de tierra.

Herman ve desde atrás el cuello de Robert, el brillo de su pelo negro. Su amigo lleva una camiseta blanca de tirantes que hace resaltar los músculos de su espalda. A Herman le gusta el olor de Robert. No es aún el de un hombre adulto, es más suave. Con el dedo corazón le acaricia los hombros medio en serio medio en broma, casi sin tocarlo. Luego pasa la mano por debajo de su brazo, y se la coloca sobre el pecho. Estrecha contra sí el pecho de Robert. Siente a su amigo unido a él, su cuerpo robusto. Se acelera el latido de su corazón, se da cuenta de que está temblando.

Herman cierra los ojos. Por la tarde han estado bañándose. Los músculos de Robert al sol. Su cuerpo muestra bien a las claras que hace deporte. Es delgado pero fuerte. En el agua, Robert se sube encima de Herman, pone los pies sobre sus hombros y se lanza bajo las olas. Se ríe y traga agua salada. Herman ve a Robert completamente liberado. Su serio y silencioso amigo, haciendo chiquilladas. Por un momento, siente incluso vergüenza ajena, como si la felicidad de Robert estuviera fuera de lugar.

Para Herman Thierry, así lo escribirá más tarde, Robert Mussche es su primer amor. A los diecisiete años no tienen

ojos para las muchachas. Las persiguen, claro está, escondidos tras las estatuas de los parques; y disfrutan de su belleza, es cierto; pero su amor de verdad, el más íntimo, es para Robert. Desde que se conocieron en la escuela, a los quince años, no se han separado. Camino del colegio se retrasaban, llegaban siempre tarde, elegían el camino largo para estar más tiempo juntos. A menudo charlando, a veces de cosas serias, a veces de tonterías.

Herman apreciaba la firmeza de carácter de Robert. Era difícil decirle que no; hablaba con seguridad, era un líder. Herman, por el contrario, mucho más caótico, solía tener problemas en la escuela. A pesar de todo, cuando se ponía a hablar, se mostraba como una persona con mucho encanto: habría enredado al mismo diablo con sus palabras. Herman creía que Robert y él eran complementarios. Lo que le faltaba a uno, lo tenía el otro. Se entendían con una simple mirada. No necesitaban a nadie más para estar a gusto. Y ahora dormían juntos en aquella caseta de pescadores.

¿Tendré en la vida algún instante más feliz que este?, piensa Herman. En aquel momento habrían hecho cualquier cosa el uno por el otro. Si hubieran tenido que huir de su casa, habrían huido. Si hubieran tenido que recorrer el mundo caminando, lo habrían hecho. Se trataba de ponerse de acuerdo, sin más preocupaciones. O eso pensaba, al menos, Herman; aunque el amor entre las personas, sea entre amigos o entre amantes, nunca suele ser simétrico. No hay amor que sea completamente justo.

La mañana anterior se habían sentado en una duna para charlar. Robert le había ofrecido un cigarrillo Gold Dollar y Herman aún conservaba en la boca su sabor. Robert recordó enseguida aquella ocasión en que fumó por primera vez. Fue Herman quien se lo dio a probar. «También en eso te enredé yo. Un joven tan sano y recto, y yo voy y te enredo.» Desde que fumó su primer cigarrillo, a Robert no se le caía de entre los dedos. Tampoco a Herman, aunque él era más aristocrático y de vez en cuando prefería fumar en pi-

pa. Herman rio para sí, con Robert tendido junto a él y los ojos cerrados, mofándose de sí mismo, de su propia presunción. Desde la duna veían las playas interminables de Oostduinkerke; los pescadores tirando de la red con ayuda de mulos, un par de acémilas, extendiéndola y recogiéndola. Al llegar a la orilla, la red aparecía de repente en la superficie, y los peces empezaban a agitarse como locos, dando saltos, intentando escapar, en vano.

Herman vuelve a abrir los ojos y se queda mirando a Robert. Cómo ha cambiado este muchacho. De joven era muy serio, muy vergonzoso. Apenas hablaba. Era tan maduro que mientras nosotros departíamos sobre literatura infantil él nos hablaba de Marx con la misma naturalidad y la misma fe que un niño habla de Sinterklaas, el genio navideño portador de regalos. Pero el mayor cambio lo sufrió aquella primavera en que estuvo enfermo. Pasó un tiempo en el hospital, aquejado de apendicitis. Durante la enfermedad no hizo otra cosa que leer. Sobre todo en la temporada que pasó en el pueblo costero de Bredene-aan-Zeen. Los maravillosos mundos de Camille Flammarion, de Émile Zola y otros autores progresistas. «Cuando volviste a la escuela eras otro.»

Herman vuelve a acariciar el abundante cabello reluciente de Robert, con cuidado de no despertarlo. Cuánto quería a aquel muchacho, su amigo del alma. Las tardes de otoño paseaban cogidos de la mano por la orilla del río Lys, por los canales de Gante. En las cálidas noches de verano, en cambio, se quedaban en la pequeña casa de Robert. Sus padres trabajaban vendiendo patatas fritas con un carrito, así que se quedaban solos, o con su hermano Georges. Pero Georges desaparecía enseguida, en cuanto empezaban a hablar, interrumpiéndose continuamente: sobre escritores, sobre pensadores, sobre la mala marcha del mundo. «No hay quien os entienda», decía, y se iba a ocuparse de sus cosas. Georges no se parecía en nada a su hermano. Nadie hubiera dicho que eran de la misma familia. A Geor-

ges le faltaba el amor de Robert por la lectura, y su tendencia a comprometerse. Prefería la compañía de sus amigos y la holganza. Era un chaval de barrio y no le pedía gran cosa a la vida; si acaso, un trabajo y una novia.

Desde aquella pequeña vivienda de la calle Ferrerlaan, el objetivo de Herman y Robert era el mundo entero. Se ponían a mirar por la ventana con un cigarrillo en la mano, y observaban a la gente que pasaba por la calle. «Tiene que haber una manera de hacer mejor este mundo, de organizar las cosas de otra forma», le decía Robert aquellas noches. Empezaba a hablar tranquilamente, pero luego se encendía, a medida que iba citando injusticias una tras otra. Herman le daba la razón, le decía que estaba en lo cierto, que tenía que haber otra manera. Aun así, en esas ocasiones una especie de pánico se apoderaba de Herman. Le asaltaba la duda de si no sería Robert demasiado inconsciente, demasiado ingenuo, para ver el fondo verdadero de las cosas. Y entonces le embargaba el miedo, el temor de perder a su amigo. Lo contemplaba, con su cigarrillo en la mano, seguro de cuanto decía, en una cálida noche de verano. Y se echaba a temblar. Su amigo era demasiado directo, decía lo que pensaba, y eso era algo que solo le iba a traer dolor en su vida. Robert tenía que aprender a protegerse, no podía exponerse de esa manera.

La respiración de Robert se acelera de repente. Herman aparta un poco la mano y deja de acariciarlo. No querría despertarlo. ¿Qué iba a pensar de él si sintiera que lo estaba acariciando así? Herman se moriría de vergüenza. La respiración de Robert vuelve a relajarse. Herman cierra los ojos. Permanece así durante unos minutos, aspirando el dulce perfume de Robert, oyendo cómo rompen las olas, y siente que los recuerdos se acercan a él de ese mismo modo. Una imagen le hace llegar otra, generan formas distintas, se van modulando, revientan igual que las olas.

Ha amanecido, los destellos de luz empiezan a traspasar las cortinas de los ventanucos. Herman duerme. No ha sido

un largo sueño, solo una cabezada de una media hora. Lo despiertan los primeros rayos. El día tira de él como los mulos de la red de los pescadores, y al abrir los ojos percibe el fulgor que forma en los agujeros de la red el resplandor del sol, un brillo que le obliga a cerrarlos.

Hace ademán de levantarse de la cama.

—No te levantes todavía —le dice inesperadamente Robert, sin volverse—, estaba tan a gusto cuando me abrazabas...

Hace rato que Robert está despierto.

El primer recuerdo de Carmen Mussche.

1945. Carmen tiene tres años. De la mano de su madre, camina en dirección a la estación de Sint-Pieters. Recorren la larga avenida de Koning Albert Laan. Más larga aún, para sus pequeños pies de niña. «Date prisa, Carmen, que llegamos tarde.» La madre tira de ella cada vez que se queda parada. Ante el escaparate de la panadería, para mirar las hierbas de la acera... cualquier cosa llama la atención de la niña. «Anda, vamos, Carmen, que papá nos está esperando.» Todos los días llegaban trenes de los campos de concentración. En uno de ellos estaría su padre. Nadie sabía en cuál, ni qué día llegaría, pero tenía que venir.

A Carmen, la estación Gante Sint-Pieters le parece gigantesca. Las sólidas columnas de la entrada, las imágenes en oro y plata dibujadas en el techo, aquellos reyes y santos. La entrada da paso a dos túneles. Son largos y oscuros, están bajo tierra. La gente se precipita por ellos, a izquierda y derecha, bajando por las escaleras que llegan de las vías, como si fuera un gran desagüe. Esa riada de gente será la que traiga a su padre. Pero Carmen no lo conoce, por mucho que su madre le muestre una fotografía de él todas las noches, por mucho que al irse a dormir le dé un beso y le desee buenas noches. Cómo podría reconocerlo, si ni si-

quiera saben qué aspecto tendrá cuando llegue, si estará bien de salud o muy desmejorado.

Carmen echa a correr hacia los desconocidos que bajan de los trenes. Ahora mira a uno y luego a otro. Después dice «papá, papá», y se abraza a la pierna del que tiene más cerca.

Hay cosas que nunca se olvidan.